

SOBRE LA DESIGUALDAD SOCIAL EN LAS AGROCIUDADES MEDITERRÁNEAS

Una aproximación metodológica*

FRANCISCO LÓPEZ-CASERO

ISLA (Universidad de Augsburg). Alemania

PALABRAS CLAVE ADICIONALES

Estructura Social, Sociedad rural, España,
Estudio de comunidades.

ADDITIONAL KEYWORDS

Social Structure, Rural Society, Spain,
Community Studies.

Desde su trabajo de tesis doctoral sobre la comunidad manchega de Campo de Crisana, realizado en los años 60, la trayectoria de Francisco López-Casero ha girado en torno a la problemática de la sociedad rural mediterránea y, más concretamente, sobre la singularidad de sus agrociudades, unos asentamientos típicos de estas regiones europeas en los que se combina la dimensión agraria y no agraria de las ocupaciones de sus habitantes en una red social marcada por el predominio de la cultura urbana.

Desde el observatorio privilegiado del ISLA (Instituto de Investigaciones Sociales sobre España y América Latina) en la Universidad de Augsburg (Alemania), del que ha sido director, Francisco López Casero ha participado durante más de treinta años en numerosas investigaciones que han tenido por centro de atención los procesos de desarrollo económico y social de las comunidades locales europeas desde una perspectiva comparada. Estas investigaciones le han permitido acumular gran cantidad de conocimiento sobre la realidad de las agrociudades en el Sur de Europa, y muy particularmente en regiones del Alentejo portugués, de la Andalucía española y de la Sicilia italiana, que ha dejado plasmada en numerosas publicaciones en forma de libros y artículos en revistas alemanas y españolas. Baste como ejemplo sus libros La agrociudad mediterránea (1989) y El precio de la modernización en España (1994).

* El autor expresa un reconocimiento especial a Hildegard Kühlmann por su eficiente colaboración, tanto en los trabajos de campo previos al presente artículo, como en la evaluación y frecuente discusión de los resultados. También agradece a los profesores Miguel Beltrán y Eduardo Moyano la detenida lectura del manuscrito y sus valiosos comentarios.

Revista Internacional de Sociología (RIS)

Tercera Época, nº 25, Enero-Abril, 2000, pp. 179-206.

En todos sus trabajos ha sabido combinar la mirada amplia del sociólogo con la más minuciosa del antropólogo, para desentrañar las claves explicativas del desarrollo diferenciado de las agrociudades mediterráneas: el porqué unas tienen éxito en sus proyectos de desarrollo y otras, por el contrario, tropiezan con problemas estructurales que las imposibilitan para dar el salto adelante en el proceso de modernización. Ya en sus primeros trabajos, López-Casero intuyó que gran parte de la explicación de esas diferencias radicaba en la composición y dinamismo de sus estructuras socio-culturales, en los sistemas de interacción social que se produce entre los distintos grupos de intereses que componen las agrociudades. Sin llamarlo así entonces, López-Casero centraba ya sus explicaciones en el “capital social” de estas comunidades, concepto que está ahora tan de moda. Su interés por este tema le llevó incluso a elaborar su propio método para analizar la estructura social y los sistemas de desigualdad, adaptando los métodos convencionales a la singularidad de las agrociudades, y primando una perspectiva subjetiva, es decir, dando voz a la percepción que los propios actores tienen de las dinámicas que acontecen en sus comunidades locales.

En este número de la RIS se quiere reconocer la trayectoria de López-Casero en el análisis de las agrociudades mediterráneas, incluyendo en la sección de Personalia uno de sus más recientes trabajos, donde expone el enfoque metodológico utilizado en sus largos años de investigación social.

INTRODUCCIÓN

El estudio de la desigualdad social es una de las cuestiones centrales de la sociología. Las diferencias sociales se mantienen vivas, aunque adopten formas distintas en el tiempo y el espacio. Esto rige en fuerte medida para las *agrociudades* de la Europa meridional. Desde una perspectiva general, las agrociudades de España e Italia pueden identificarse como entes locales con un número relativamente grande de habitantes y una economía básicamente agrícola, donde, aparte de la población agraria, existe un nutrido grupo, que se dedica sobre todo a los servicios o actividades agroindustriales; ambos sectores residen en el mismo casco urbano, generalmente compacto, y son interdependientes.

Esta configuración de las agrociudades conlleva a nivel local tanto elementos de separación y enfrentamiento, como de aproximación e identificación (López-Casero, 1989: 25-32). La combinación de una base agraria con una estructura social diversificada, en un marco de fuerte interdependencia, hace que operen con efectos ambivalentes dos estructuras clásicas: una de *homogeneidad* y otra de *diferenciación*. Ambivalencia significa que la acción conjunta de estos dos componentes estructurales puede generar, al mismo tiempo, conflicto e integración.

En lo que respecta a los elementos de diferenciación, pueden actuar en una doble dimensión: favoreciendo la desigualdad e impulsando la división del trabajo. Como desigualdad, separan y enfrentan; pero, como división del trabajo, no sólo pueden servir de base a la desigualdad en el sentido marxista de la sociedad de clases, sino también intensificar la red de interrelaciones y comunicación.

En las agrocuidades, la división del trabajo se muestra ya dentro del sector agrario: por ejemplo, a través del mercado de trabajo o del arrendamiento de tierras; pero mayor peso aún tiene el múltiple intercambio que se da entre el sector agrario y el no agrario. En cuanto a la desigualdad, la causa fundamental en las agrocuidades radica en el reparto asimétrico de la tierra.

Tan relevante como los elementos de diferenciación es la presencia simultánea de elementos de homogeneidad, que refuerzan los efectos derivados de aquéllos, tanto en el sentido de interrelación, como de desigualdad. Por un lado, el conjunto de experiencias e intereses comunes, resultante del papel relevante de la agricultura o de la unidad de residencia dentro del bloque compacto de la agrocuidad, crea un trasfondo cultural compartido por la generalidad de sus habitantes, que facilita el entendimiento, la comunicación y la sociabilidad. Por otro lado, el significativo nivel de homogeneidad tiende a agravar las situaciones conflictivas derivadas de la desigualdad. Por ejemplo, si la base económica de la localidad depende ante todo de un mismo recurso, como la tierra, o de uno o pocos bienes, como cereales, vino y olivo (la «tríada clásica» del área mediterránea), tanto más probables serán los conflictos a nivel local; incluso pueden convertirse en conflictos de «suma cero» si se trata de recursos limitados o no incrementables, como es el caso de la tierra. Mención especial merece la circunstancia de que una composición relativamente homogénea de la estructura social facilite la formación de bloques o alianzas en torno o a uno o pocos ejes de conflicto, incrementando las posibilidades de polarización. Los aspectos relacionados con la desigualdad, el conflicto y la polarización alcanzan una especial gravedad en las agrocuidades del sur de la Península Ibérica e Italia (Gilmore, 1980; López Ontiveros, 1994: 70-73).

Dentro del juego social que se desarrolla en las agrocuidades como centros de comunicación, destaca la sociabilidad, en el sentido dado por Simmel a esta forma de interacción (Simmel, 1961). Según Simmel, más que determinados intereses personales o el tema objeto de comunicación, lo que realmente importa en la sociabilidad es la pura relación social, es decir «jugar a sociedad» o, como se dice en el español coloquial, «hablar con unos y con otros». En las agrocuidades, las raíces hipotéticas de la importancia de la sociabilidad pueden entreverse en el sustrato de densas relaciones socioeconómicas que surgen en ellas y/o en el gran relieve que siempre ha alcanzado el *ethos urbano* en el área mediterránea. Agréguese a ello un alto grado de identificación con la propia localidad o pueblo, que no pocas veces está en paradójico contraste con un ambiente de fuerte división de clases. Enfrentados o no, los distintos grupos sociales que residen en las agrocuidades coinciden en el deseo de vivir en la densidad de «su núcleo urbano», en la pasión del bullicio y de la acción humana, en las conversaciones y en los debates, en la preferencia por la vida urbana sobre la vida rural (Blok y Driessen, 1989: 102).

A pesar de la singularidad que presentan las agrocuidades —y cuya caracte-

rización es una simple abstracción de estructuras observadas en agrociudades españolas e italianas (López-Casero, 1989)—, los métodos utilizados para el estudio de la desigualdad social han sido prácticamente los mismos que los empleados en la investigación de otros tipos de asentamientos humanos, sin ajustarlos específicamente a las características propias de este tipo de entidades locales. En las páginas siguientes queremos presentar, en sus rasgos generales, un método que procura tener en cuenta esta singularidad y que ha sido ensayado por el autor en el estudio comparativo de dos agrociudades andaluzas, Puente Genil y Osuna, situadas en la campiña cordobesa-sevillana.

SOBRE EL MÉTODO

Para situar el procedimiento expuesto a continuación en el marco de posibilidades metodológicas, se han de tener en cuenta tres circunstancias que concurren en las agrociudades.

La primera es el alto grado de conocimiento mutuo que generalmente se observa entre los habitantes de las agrociudades. El alto grado de interacción «cara a cara», aún existente en estas localidades, induce a pensar que los actores definen en ellas la situación, creando una realidad social intersubjetiva, al estilo descrito por el interaccionismo simbólico (Blumer, 1969; Thomas, 1965: 324 ss.). Cabe por tanto adelantar la hipótesis de que, en los distintos miembros o actores de la agrociudad, cristaliza, por estas vías, una clara apreciación de la posición social que ocupan los diversos grupos y del sistema de valores que sirve de base. Se abre así la posibilidad de aplicar un enfoque subjetivo y obtener un instrumento elaborado desde dentro, partiendo de la visión que el grupo social tiene de sí mismo, en el caso de que esta «autovisión» exista. Es una posibilidad que no debe desaprovecharse, pues la valoración o interpretación que dan de los hechos los miembros del grupo estudiado influye en el acontecer social de la comunidad y es imprescindible para comprender su dinámica. P. Bourdieu no carece de razón cuando afirma que el saber de los actores, su «sentido práctico», es el punto de partida del conocimiento social (Bolte, 1968: 372-373; Bourdieu, 1987).

Conviene resaltar que, en el modo cómo los actores perciben la estructura social del *pueblo*, existen, al menos, dos perspectivas: la primera es la opinión propia del entrevistado sobre la configuración social de la comunidad; la segunda es la percepción que él tiene de la opinión predominante en el *pueblo* sobre este particular. Esta importante distinción, en principio teórica, viene a ser confirmada en la práctica por los mismos entrevistados, que no pocas veces piden que se les precise la pregunta diciendo espontáneamente: «¿desea usted saber mi propia opinión o la del pueblo?». Esta «opinión del pueblo», que la comunicatividad y relativa transparencia de la agrociudad permiten percibir, vendría a ser —en la terminología de Durkheim— uno de esos «hechos sociales» que pesan

en el ambiente y que son tenidos en cuenta por los miembros del grupo a la hora de orientar su comportamiento. En el método que presentamos se pregunta ante todo *la opinión del pueblo* (en la forma que se detallará más adelante); sólo como medida de contraste o control se presta después atención a la opinión propia del interesado. El planteamiento aquí propuesto no es ni más ni menos que el que va implícito, por ejemplo, en la pregunta que Mühlmann y Llaryora formulan en su estudio de la estratificación social de la agrocuidad siciliana de Campopace, cuando desean saber «quién está mejor visto en el pueblo» (*chi sono piu in vista nel paese*) (Mühlmann y Llaryora, 1973:8).

Lo que de todos modos se observa una y otra vez en los trabajos de campo sobre agrocuidades, es que sus habitantes se creen capaces de reflejar lo que el *pueblo* piensa sobre los distintos grupos que la componen. Otra cosa distinta es que su percepción del pensar general de la comunidad sea o no acertada; incluso podría ocurrir que no existiera tal pensar general. La verificación o falsificación de estas hipótesis dependerá a la postre del grado de convergencia que se observe al evaluar todas las respuestas.

La segunda circunstancia que se ha de considerar es que se trata de analizar la desigualdad social en contextos locales y no nacionales. Aunque es probable que dentro de la agrocuidad existan diversos ambientes sociales en la forma analizada por ejemplo por Hradil (1983), cabe suponer que no haya una gama tan diferenciada de situaciones como la que se produce a nivel nacional en la sociedad moderna. Además, en el momento de la investigación, los contextos locales estudiados se encontraban en una fase de transición de la premodernidad a la modernidad, sin que ésta hubiera alcanzado todavía un estado de verdadera madurez. Esto permite suponer que las desigualdades verticales, configuradas en torno a la estructura ocupacional, sean aún de primordial importancia. Conviene tener también en cuenta que, en la investigación de las agrocuidades elegidas, el objetivo prioritario del estudio de la desigualdad es ver la posible relación entre la estructura social de cada una de ellas y su respectiva vía de desarrollo, lo que resalta aún más la relevancia de las situaciones ocupacionales y las actitudes correspondientes.

La tercera circunstancia es el tamaño relativamente grande de las agrocuidades; su población oscila, con gran frecuencia, entre 7.000 y 30.000 habitantes. No es, por tanto, aconsejable tomar como punto de partida a individuos concretos, representantes de determinadas categorías sociales, como se ha hecho en pequeñas comunidades rurales. El número de personas que integran cada categoría social es mucho mayor que en estas últimas, lo que puede dar lugar a importantes diferencias en el grado de conocimiento que unos y otros entrevistados tengan de los individuos cuya posición social se intenta circunscribir. Además, se corre el peligro de aplicar a todo el grupo características peculiares de determinadas personas.

Consiguientemente, se ha considerado oportuno seleccionar como unidad de referencia, no a individuos concretos, sino a las distintas categorías ocupaciona-

les. Aparte de ello, en los estudios realizados en numerosos países en torno a la desigualdad vertical, se ha puesto siempre de relieve el alto nivel de correlación existente entre la ocupación y los demás factores que contribuyen a determinar la posición social de una persona, hecho éste constatado una y otra vez en diferentes contextos culturales (Kahl, 1957: 46; Pappi, 1973: 24; Svalastoga, 1964: 573). Al menos en el pasado, apenas ha existido otro hecho sociológico mejor documentado que éste (Kleining y Moore, 1968: 512). La ocupación no sólo es una actividad remunerada, sino una situación en la que entran en juego aspectos tales como: la propiedad, el grado de dependencia, la clase de trabajo (manual/no manual), el grado de poder o influencia, etc. Además, la ocupación es una magnitud de validez universal, que deja la vía abierta para la comparación intercultural, aun cuando esta universalidad sólo rija al nivel más alto de abstracción y los contenidos concretos de cada situación ocupacional dependan también directamente del contexto que se esté estudiando.

Las categorías ocupacionales que, por el procedimiento descrito a continuación, resulten ser significativas de una agrocuidad concreta son analizadas bajo dos dimensiones básicas. La primera es el *grado de consideración social* que cada una de ellas alcanza dentro de la opinión del pueblo. La *consideración social* viene a desempeñar el papel que corresponde a la dimensión denominada *prestigio* dentro de los métodos subjetivos que analizan la desigualdad vertical desde un enfoque weberiano. Pero, en el caso concreto de las agrocuidades, el término *prestigio* conlleva el riesgo de que se tenga demasiado en cuenta el criterio moral a la hora de juzgar el comportamiento de los individuos que componen un determinado grupo ocupacional, dado el alto grado de conocimiento mutuo que existe entre sus habitantes. Estas reflexiones, lejos de restar importancia al criterio moral, lo consideran como un aspecto de gran interés que no debe ser pasado por alto en el estudio de las comunidades locales por jugar un relevante papel dentro de su sistema social. Pero introduce una perspectiva especial que complica la obtención de una opinión clara de los entrevistados acerca de la posición que las distintas ocupaciones ocupan en la jerarquía social, sobre todo en el caso de las élites. Si bien se trata de un enfoque subjetivo, el grado de consideración social enlaza en el fondo con los condicionantes objetivos de la desigualdad. Prácticamente, viene a ser la expresión y el efecto conjunto de toda una serie de factores económicos, políticos y sociales, así como de la valoración que den a estos componentes los actores sociales de la comunidad local.

La segunda dimensión que se analiza es el *grado de interacción* existente entre los diversos grupos ocupacionales. Es una dimensión de gran relevancia, que atañe directamente a las relaciones sociales y permite comprobar en qué medida los resultados de carácter más estático y clasificatorio obtenidos por la vía de la consideración social, se reflejan en la esfera dinámica del comportamiento (Pappi, 1973: 25). El campo de la interacción es además una excelente ocasión para contrastar el plano subjetivo con el objetivo y ver si los niveles o

formas de relación social que los entrevistados creen percibir entre los diferentes grupos se ven confirmados por procesos reales. Esto último exige disponer de determinados datos objetivos, como es, por ejemplo, la composición de clubs sociales u otras instituciones similares de acuerdo con la situación profesional de sus miembros. En general, se ha de reconocer que el estudio de la interacción como trato social es especialmente problemático si no se operacionaliza adecuadamente este concepto. Los intentos realizados aquí han de considerarse más bien como un experimento. Además, se procuró obtener de los informadores una amplia información cualitativa, que completa los simples datos cuantitativos y facilita su interpretación¹.

En resumidas cuentas, puede decirse que el método elegido pretende aprovechar, en lo posible, los instrumentos que han resultado ser más adecuados para estudiar la desigualdad vertical, sobre todo en el caso de las comunidades locales, adaptándolos al caso especial de las agrocuidades. Pone el centro de atención en el plano subjetivo, es decir en la percepción de los actores, pero sin excluir el contraste con las dimensiones objetivas. Tampoco prejuzga de antemano la existencia de estructuras dicotómicas o graduales, sino que deja el camino abierto para ir descubriendo la verdadera situación; algo similar puede decirse de la posible existencia de desigualdades de índole horizontal.

Importa recalcar que este método, basado en la percepción de la opinión del grupo por parte de sus miembros, sólo está enfocado al estudio de la desigualdad social en las agrocuidades. Resultaría muy difícil, por no decir imposible, aplicarlo a sociedades más amplias, de ámbito nacional o regional. Se trata de obtener un instrumento elaborado, desde el primer momento, por los mismos actores de un determinado tipo de entidades locales, para apreciar la desigualdad social entre sus grupos ocupacionales más característicos. En realidad, es el procedimiento inverso al que tiende a emplearse en el análisis de la estructura social de un país, donde se parte de un esquema previo de categorías, basado con frecuencia en una teoría concreta sobre las clases sociales.

¹ Por problemas relacionados con las limitaciones que conlleva la reducida extensión de un artículo de revista, se han excluido los resultados correspondientes a la información sobre los centros de interacción de cada una de las dos agrocuidades analizadas. Tampoco se presenta la mayor parte de los cuadros y gráficos que reflejan los distintos pasos dados en la evaluación de los demás resultados. Sólo se publican aquí un cuadro general que resume la desigualdad social de las dos localidades comparadas, así como dos gráficos que muestran con marcada expresividad el grado de interacción social percibido por los entrevistados.

APLICACIÓN DEL MÉTODO

Los primeros ensayos, destinados más bien a intuir posibilidades metodológicas, se realizaron en los años sesenta y comienzos de los ochenta, con ocasión de los trabajos de campo llevados a cabo en una agrociudad manchega (López-Casero, 1984: 26-27). Tras las primeras experiencias, se decidió desarrollar sistemáticamente estos ensayos en la primera investigación que se hiciese más adelante sobre agrociudades. Tal oportunidad se presentó con un proyecto del Instituto de Investigaciones sobre España y América Latina de la Universidad de Augsburg (ISLA). Principal objeto de estudio de esta línea de investigación, que nos ha ocupado más de una década de actividad, ha sido la comparación de dos agrociudades de la campiña cordobesa-sevillana: Osuna y Puente Genil. Son dos localidades que han seguido líneas distintas de desarrollo y, pese a distar sólo unos cincuenta kilómetros una de la otra, su estructura social ofrece a primera vista diferencias sustanciales. Por ello se prestaban para analizar los posibles condicionamientos mutuos entre estructura social y desarrollo local. De marco de contraste han servido otras agrociudades de Andalucía y la Mancha, así como de Sicilia Central (López-Casero, 1989: 19, 34-49 y 149-170, y 1994: 337-356).

Osuna tiene alrededor de 17.000 habitantes y un término de 59.000 has., con claro predominio de una agricultura extensiva y cerealista y una estructura social de fuerte tradición latifundista. Actores destacados en este contexto son: el trabajador del campo, carente de tierra, y el propietario agricultor, que no sólo posee la tierra, sino que también la explota directamente.

En Puente Genil, con unos 27.000 habitantes y un término de 17.000 has., la agricultura juega un papel notable, pero su importancia es sustancialmente rebasada por el sector secundario, que ya en el siglo pasado mostraba claros perfiles, sobresaliendo la rama agroindustrial. También alcanza gran importancia el comercio, habiéndose formado en las dos últimas décadas un grupo de mayoristas que ha pasado a mostrar el mayor dinamismo dentro de la vida económica local. La estructura social se presenta, ya a primera vista, mucho más compleja y diferenciada que la de Osuna.

Partiendo de los criterios generales ya expuestos, se dieron los siguientes pasos concretos a la hora de aplicar el método:

1. Comprobar cuáles eran, en cada agrociudad, las profesiones (ocupaciones) más significativas y elaborar una lista que permitiera disponer de un amplio abanico de actividades para establecer la pirámide social de la comunidad. Para ello, se mantuvieron reuniones con el funcionario encargado del padrón de habitantes y de realizar los censos de población en ambas agrociudades, personas que llevaban ejerciendo largos años estas funciones. Se les pidió que indicaran las treinta o cuarenta ocupaciones más comunes en cada una de esas dos localidades.

2. Las ocupaciones indicadas fueron consignadas en otras tantas tarjetas, que sirvieron de base para celebrar entrevistas de prueba con media docena de informadores en cada población. Estas entrevistas iniciales se dedicaron, ante todo, a comentar las profesiones (ocupaciones) señaladas por el funcionario encargado del censo, con el objeto de discutir su relevancia actual, los cambios que se iban produciendo en ellas y las denominaciones que recibían en el lenguaje local. En total resultó para Osuna una lista de 34 ocupaciones y para Puente Genil, otra de 39, cubriendo en gran parte el espectro profesional de cada municipio. También se les pidió a cada entrevistado que precisara las expresiones más utilizadas por los habitantes en la consideración social de las diversas profesiones; el fin era formular de la forma más clara posible la pregunta que más tarde se incluiría en la encuesta definitiva. Las tres expresiones más frecuentes resultaron ser: «estar mejor o peor considerado», «estar mejor o peor visto», «estar mejor o peor mirado»; cualquiera de las tres expresiones resultaba adecuada, aunque la última pareció ser la más expresiva.

3. A continuación se pedía a los entrevistados que ordenasen las ocupaciones señaladas en las distintas tarjetas según estuviesen «mejor o peor miradas en el pueblo». Aunque en la gran mayoría de los casos esta tarea no encerraba notables dificultades para los entrevistados, surgieron pronto dos problemas concretos. El primero se derivaba del considerable número de tarjetas que había que ordenar. Por ello, se procedió a entresacar de las listas de 34 y 39 ocupaciones aquéllas que los mismos entrevistados juzgaban más significativas en su agrocuidad y constituyeran puntos de cristalización de la estructura social. Se obtuvo en cada localidad una lista de 22 ocupaciones, que permitían centrar la atención del entrevistado en las estructuras básicas de su pueblo y formular una serie de preguntas adicionales, destinadas a profundizar en determinados aspectos. El segundo problema se producía cuando el entrevistado tenía en cuenta criterios morales para juzgar el grado de consideración social que cada grupo profesional tenía en el pueblo (sobre todo cuando juzgaba a los patronos). En consonancia con lo sugerido más atrás, pudo comprobarse que, cuando entraba en juego el criterio moral, se alteraba sustancialmente el orden de la pirámide profesional, en comparación con los resultados de las demás entrevistas. Tras varios ensayos, se vio que la solución mejor era agregar a la fórmula «estar mejor o peor mirado en el pueblo» la expresión «según la categoría social», ya que de este modo se evitaba que el entrevistado utilizara criterios morales.

4. En cuanto a la forma de ordenar las tarjetas, se probaron al principio los dos métodos más usuales: formar con las tarjetas una escala ordinal (*ranking*) y colocarlas en determinados niveles de puntuación (*rating*); este último ha sido hasta ahora el más utilizado por las ciencias sociales. En nuestro caso, se

comprobó que el procedimiento de *rating* era menos complicado para los entrevistadores, pues les resultaba más fácil colocar las tarjetas debajo de una determinada puntuación, que establecer un orden correlativo; además, percibían a veces situaciones de empate entre determinadas ocupaciones, no sintiéndose capaces de ordenarlas correlativamente. De todos modos se encontró al final una solución práctica que, aunque no puede aquí detallarse, permitió utilizar fundamentalmente el método de *rating* sin renunciar del todo a la escala ordinal o *ranking*.

5. Antes de concluir toda esta primera fase de la entrevista, destinada a determinar la consideración social de que goza cada grupo profesional en la opinión del pueblo, se añadía una serie de preguntas adicionales sobre diferentes puntos. Entre ellas, estaban las razones por las que las distintas ocupaciones habían sido colocadas en los lugares respectivos, así como los posibles cambios ocurridos en varias actividades durante los últimos tiempos.

6. La fase posterior de la entrevista se dedicaba a comentar con los entrevistados la interacción que se producía entre los miembros de las diversas profesiones (ocupaciones). Por considerarse ésta la parte más problemática de la entrevista, sólo se utilizaron aquí las 22 tarjetas con las ocupaciones más significativas. Tras haberlas mezclado como si se tratara de un juego de naipes, las tarjetas eran devueltas al entrevistado, rogándole que formara grupos con aquellas profesiones que, en su opinión, mantenían entre sí una mayor interacción «social» (no simplemente profesional). Por último, seguían otras preguntas sobre el nivel de contacto entre las diferentes agrupaciones que el entrevistado había formado, sobre los lugares en los que alternaban los miembros de cada agrupación, etc.

7. En la elección de los entrevistados, tanto de los de las pruebas provisionales, como en los de la encuesta definitiva, se procuraba que se tratase de personas con suficiente conocimiento de la vida social en el pueblo. No era imprescindible que hubiesen nacido allí, pero sí debían haber pasado la mayor parte de su vida y desarrollado su actividad profesional en él. Aunque el planteamiento y la selección de las entrevistas tenían, ante todo, un carácter cualitativo y lo que interesaba era que los entrevistados elaborasen un instrumento para apreciar la categoría social de las distintas ocupaciones en la opinión del pueblo, se pensó, en principio, que el número total de entrevistados debía alcanzar un mínimo de 30 personas en cada agrocuidad. Al final, se llegó al número de 34 en Osuna y de 36 en Puente Genil, a partir de lo cual los resultados no variaban sustancialmente agregando más informadores, por haberse alcanzado un grado de saturación. También se procuró que en la procedencia social de los entrevistados estuviesen presentes, en ciertas pro-

porciones, las clases superiores e inferiores; lo mismo en cuanto a su distribución agraria y no agraria, pues en el caso de que reflejaran una imagen análoga de la estructura y dinámica de la comunidad local, ello constituiría una prueba importante de la interpenetración cultural de la agrociudad y, en cierto modo, de la existencia de ésta. Las respectivas listas de informadores de cada agrociudad, ordenados por su ocupación, pueden verse en el Anexo 1.

RESULTADOS

A continuación se presenta una selección de los resultados obtenidos en las entrevistas, así como de los cuadros correspondientes.

Grado de convergencia entre las opiniones de los entrevistados

No es fácil encontrar un criterio adecuado para medir hasta qué punto coinciden los entrevistados al atribuir a las distintas profesiones (ocupaciones) una determinada categoría social. Existen dos experiencias análogas, en las que se emplearon unos parámetros concretos y que pueden utilizarse como referencia. La primera es la constituida por los trabajos de Kleining y Moore sobre la estratificación social de la República Federal de Alemania, utilizando el procedimiento de *rating*. Estos autores consideran que se da un grado bueno de convergencia si, por lo menos, el 60% de las respuestas sobre el prestigio de cada profesión queda situado en dos niveles de puntaje vecinos. Aplicando este criterio a los resultados, se aprecia que las respuestas sobre la consideración social de las 22 profesiones más significativas rebasaron en todos los casos dicho porcentaje. Normalmente, la posición social se percibe con mayor nitidez para las capas superiores e inferiores, que para las intermedias. En una y otra localidad, el porcentaje de convergencia aumenta conforme se avanza hacia los extremos de la escala; en varias profesiones se llega al 100%.

La segunda experiencia es de tipo local. Se refiere al estudio de una localidad siciliana (Campopace) efectuado por Mühlmann y Llaryora, y citado más atrás. De suyo, esta experiencia es más apropiada para contrastar los resultados obtenidos en nuestros trabajos de campo, por tratarse de otra agrociudad, pero conviene indicar que el método empleado en Campopace no es totalmente comparable al aquí presentado, pues parte de la posición social de individuos concretos y no de categorías ocupacionales. Además, sus autores utilizan un parámetro algo diferente del de Kleining y Moore: no aplican dos niveles de puntaje, sino tres. En Campopace, el porcentaje medio de respuestas situadas en tres niveles adyacentes fue del 80% (Mühlmann y Llaryora, 1973: 12). Aplicando el mismo criterio, se observa que, tanto en Osuna como en Puente Genil, se alcanzó para casi todas las profesiones un nivel de convergencia claramente superior al 80%, ex-

Anexo 1.
Lista de los entrevistados.

Osuna	
Gran agricultor	Dueño de un taller y negocio de venta tractores
Médico	Panadero
Ingeniero agrónomo	Oficinista
Ingeniero industrial	Pequeño agricultor
Párroco	Pequeño agricultor
Ortopeda	Pequeño agricultor
Profesor Instituto Bachillerato	Pequeño agricultor
Profesor EGB	Pequeño agricultor
Profesor EGB	Carnicero
Profesor EGB	Obrero industrial
Mediano agricultor	Conductor camión
Mediano agricultor	Camarero
Empleado banco	Obrero agrícola, albañil, guarda mercado
Corredor	Obrero agrícola y guarda mercado
Gestor	Obrero agrícola e intercambiable
Empleado Ayuntamiento	Obrero agrícola e intercambiable
	Obrero agrícola
Puente Genil	
Gran industrial	Mediano agricultor
Gran Industrial	Dueño papelería
Gran constructor	Dueño tienda
Director banco	Dueño bar
Ingeniero agrónomo, mediano agricultor	Fotógrafo
Párroco	Mecánico
Profesor Instituto Bachillerato	Mecánico
Profesor Instituto Bachillerato	Miembro y trabajador de una cooperativa de ladrillo
Profesor Instituto Bachillerato	Encargado de una cantera
Profesor EGB, mediano agricultor	Obrero industrial
Ceramista jubilado	Pequeño agricultor
Jefe de ventas	Repartidor
Procurador	Obrero industrial e intercambiable
Dueño tienda, perito, mediano agricultor	Hortelano
Perito agrónomo	Hortelano
Técnico de electrónica	Obrero agrícola e intercambiable
Empleado Ayuntamiento	Obrero agrícola e intercambiable
Mediano agricultor	Obrero agrícola

cepto en dos en Osuna, que quedaron ligeramente por debajo de ese porcentaje.

Los parámetros elegidos en los dos estudios citados son más bien decisiones basadas en el sentido común, no exentas de cierta arbitrariedad. Se han aducido porque, en cierto modo, pueden servir de trasfondo comparativo a nuestra investigación. Por otro lado, los resultados alcanzados en Osuna y Puente Genil muestran ya de por sí un claro grado de convergencia, pudiendo deducirse que, en ambas localidades, los entrevistados perciben de forma consistente una «opinión del pueblo» sobre la constelación de categorías sociales. Tal convergencia adquiere un relieve especial en las categorías ocupacionales de la parte superior e inferior de la escala, sobre las que en realidad se asienta el eje de valores de cada comunidad.

Escalas de consideración social

En una y otra localidad se aprecian grandes diferencias de consideración social, en una escala de 1 (mínima consideración social) a 6 (máxima). En Osuna, el puntaje medio que alcanzan, respectivamente por arriba y abajo, el gran agricultor y el obrero agrícola, llega casi al máximo y mínimo posible (5,91 y 1,03). Una distancia similar, aunque no tan extremada, se observa también en Puente Genil, donde aparece una distancia algo menor entre el gran industrial y el obrero agrícola (5,69 y 1,31). Pero se apunta ya en Puente Genil una mayor complejidad de las élites profesionales no agrarias (con puntuaciones muy semejantes entre sus componentes), mientras que en Osuna sigue destacando el gran agricultor. Análogos impresiones se tienen al comparar las ocupaciones situadas en los puestos inferiores de ambas escalas.

Los resultados obtenidos por vía de *ranking*, colocando las diversas profesiones en una escala ordinal, confirman estas conclusiones. Son escasas las variaciones en cuanto al orden de las ocupaciones por su categoría social, en comparación con los resultados del *rating*. En Osuna sólo se produce un intercambio de puestos adyacentes (abogado y profesor de Instituto). En Puente Genil son algunas más, pero o sólo tienen lugar en las cuatro profesiones de rango superior, prácticamente empatadas en rango social, o bien consisten en el intercambio de puestos adyacentes en las zonas intermedias. El resultado más llamativo de la escala ordinal se da en la siguiente comparación: en Osuna, el valor central o la mediana —que es aquí el instrumento relevante— sigue un orden claramente correlativo para las siete profesiones situadas más arriba y otorga un unívoco puesto 22 al obrero agrícola. Se advierte así una jerarquía más pronunciada de categorías, que desciende del gran agricultor al obrero del campo. Por el contrario, en Puente Genil resaltan las situaciones de empate o semiempate en las ocupaciones con niveles similares de valoración; por ejemplo, las cuatro ocupaciones más altas reciben todas una mediana de 3 y las dos últimas (peón de albañil y obrero agrícola), de 21.

Es importante observar las aglomeraciones de grupos ocupacionales que se forman a determinados niveles, así como las considerables distancias que se aprecian entre sus respectivos centros de gravedad; esto significa que se perciben acusadas y, en parte, grandes diferencias de categoría social entre diversos conjuntos de ocupaciones. El cuadro 1 refleja con notable plasticidad este hecho.

Otro aspecto interesante es si han existido diferencias sustanciales entre las respuestas de los entrevistados procedentes de las capas superiores e inferiores, así como entre los del sector agrario y los del sector no agrario. No hay espacio para publicar los cuadros correspondientes, pero sí pueden resumirse los resultados más llamativos, al menos por lo que respecta a la percepción de la opinión del pueblo sobre las 22 profesiones más significativas. En consonancia con la escala social aquí obtenida y con su situación profesional concreta, los entrevistados asignados en Osuna a las categorías superiores e inferiores son, respectivamente, 17 y 17; por otro lado, 19 pertenecen al sector no agrario y 15 al agrario. En Puente Genil, son 22 y 15 los entrevistados procedentes de capas superiores e inferiores, mientras que 24 corresponden al sector no agrario y 12 al agrario. El hecho de que los distintos sectores no tengan la misma presencia cuantitativa, sobre todo en Puente Genil, obedece hasta cierto punto a la diferente configuración social de cada localidad. Por otro lado, el carácter fundamentalmente cualitativo de la metodología aquí expuesta vale aún más para estos aspectos. El objetivo era penetrar en la indiosincrasia social de ambas comunidades a base de entrevistas de tipo intensivo. Sobre todo en los puntos en los que el número de personas entrevistadas es menor, lo relevante es ver si en sus informaciones afloran tendencias divergentes.

Al comparar las respuestas de los entrevistados de capas superiores e inferiores, en Osuna llama la atención que, en la percepción de los primeros, el gran agricultor pierda su dominio preeminente de la escala social, para quedar empatado con el dueño de fábrica en uno de los dos primeros puestos. En los entrevistados de categoría inferior, esto no ocurre, y el agricultor mantiene un notorio primer puesto. Las demás variaciones observadas, en comparación con los resultados del cuadro general, se limitan básicamente a cambios poco relevantes de posiciones por las zonas intermedias, que no alteran la orientación del eje general de valores. En la comparación del sector urbano con el agrario, los cambios frente al cuadro general son aún menos sustanciales; afectan poco o nada a las posiciones situadas hacia los extremos y, en su mayoría, consisten en el intercambio de puestos adyacentes. Tampoco en Puente Genil varía sustancialmente la apreciación de la consideración social atribuida a las diversas ocupaciones, según los grupos de informadores. Son incluso algo menos frecuentes que en Osuna, al menos por las zonas intermedias. A primera vista se ven ciertas alteraciones en los puestos superiores de la escala social, pero éstas no deben sobreestimarse si se recuerda la situación de práctico empate que presentan, en esta agrociedad, las cuatro primeras posiciones del cuadro general, tanto bajo el procedimiento de *rating*, como de *ranking*.

De aquí se desprenden las siguientes conclusiones. La primera estriba en que las situaciones de pronunciada desigualdad social —sobre todo en Osuna— no impiden un proceso de cristalización de percepciones convergentes en los diversos ámbitos de la comunidad local, en cuanto a la categoría social de las diferentes ocupaciones. Sin duda, las divergencias serían mucho mayores si en la consideración social se incluyeran criterios morales para juzgar el comportamiento de los distintos grupos profesionales o si en lugar de preguntar sobre la opinión del pueblo, se preguntase sobre la opinión del propio entrevistado. Así resultó en las observaciones espontáneas de los entrevistados o en las preguntas de control que se hacían para comprobar si la persona entrevistada estaba distinguiendo en realidad entre ambas clases de opiniones. La segunda conclusión se refiere a la existencia de una notoria interpenetración cultural entre el sector agrario y el no agrario. Al menos en los aspectos aquí considerados, ambos grupos aparecen como una sola sociedad, constituida por la *agrociedad*. Por ello, no está justificado establecer dos pirámides sociales: una para el sector agrario y otra para el urbano, como se hace, por ejemplo y no sin razón, en el estudio de otras localidades o sociedades (Bolte y Hradil, 1988: 204-205; De Miguel, 1974: 369 y ss.).

Estructura y desigualdad según la consideración social

Como se sabe, existen dos vías para abordar el estudio de la desigualdad: la objetiva, que viene de fuera y se basa en indicadores externos, y la subjetiva, que arranca de dentro o del *emic* del propio grupo estudiado. Ambas son legítimas y parten de dos perspectivas diferentes, que incluso pueden complementarse. El procedimiento objetivo es, en principio, utilizable en todos los casos, mientras que el subjetivo sólo debe aplicarse cuando el tamaño y las características del ente social concreto permitan a los actores familiarizarse suficientemente con su idiosincrasia sociocultural. En la hipótesis establecida más atrás, éste parecía ser el caso de las agrociedades, y los resultados obtenidos en Osuna y Puente Genil han confirmado tal hipótesis. Esto permite utilizar el método subjetivo —es decir, las escalas de consideración social elaboradas según la *opinión del pueblo*— para analizar la estructura y desigualdad social en ambas agrociedades, según se hace en el Cuadro 1 ya citado y comentado con más detalle a continuación.

A tal fin, se han establecido, para cada agrociedad, siete estratos basados en el *rating* obtenido de los informadores. El número de activos que integra cada una de estas capas se basa en el censo de población de 1986, aunque ajustado en lo posible a la situación de 1990; los censos posteriores carecen de datos relativos a la actividad y situación profesional. Para la actualización del censo de 1986 se recurrió a la experiencia de quienes dirigen desde hacía largo tiempo la sección de estadística local, en cada comunidad, así como de otras personas que podían facilitar una precisa información sobre determinadas profesiones. También fue necesario incorporar a un nivel concreto de consideración social un

% de la pobl. activa	OSUNA		PUENTE GENIL		% de la pobl. activa
	Profesiones adicionales	Las 22 profesiones más significativas	Profesiones adicionales	Profesiones adicionales	
1.42	Ingeniero agrónomo	Gran agricultor Dueño fábrica Médico	- 6 -	Gran industrial Gr. almacen., Médico, Gr. agricultor	1.42
1.73	Farmacéutico Perito agrario	Profesor Instituto Abogado	- 5 -	Abogado Profesor Instituto	2.23
3.49		Profesor EGB Mediano agricultor, Empl. banco	- 4 -	Profesor EGB Ceramista Jefe oficina Practicante Perito agrónomo	5.18
24.75	Practicante Agente comercial Empl. Ayuntamiento Dueño taller	Dueño tienda Panadero	- 3 -	Empleado banco Mediano agricultor, Comerciante Oficinista Dueño bar	20.88
14.24	Dueño camión, Maestro albañil Electricista, Pintor, Taxista Herrero Carnicero, Conserje	Dueño bar, Oficinista Carpintero, Pequ. agricultor Mecánico	- 2 -	Mecánico Electric., Cond y dueño camión Taxista	7.89
11.65		Obrero industrial Dependiente Conductor camión	- 1 -	Obr. ind., Pequ. agric., Dependiente Conductor camión Pintor	23.76
42.71		Camarero, Tractorista, Peón albañil Obrero agrícola	- 1 -	Hortelano Camarero Tractorista Peón albañil Obrero agrícola	38.61

Cuadro I.
Estructura social 1990 (según censo 1986 ajustado).

número notable de ocupaciones minoritarias, no comprendidas en las tarjetas entregadas a los informadores. Se juzgó adecuado que esta tarea complementaria la hicieran también personas que habían demostrado conocer bien la localidad.

En consonancia con el *rating* de consideración social, se constatan aglomeraciones o niveles de grupos ocupacionales, separados entre sí por claras distancias. Resaltan, por ejemplo, los conjuntos que forman en ambas agrociudades las profesiones del estrato superior, así como la nutrida aglomeración, que va, en Osuna, desde el mediano agricultor hasta el mecánico, y las frecuentes agrupaciones que surgen, en Puente Genil, a lo largo de las clases intermedias.

Osuna

En Osuna, resalta la gran distancia que separa al grupo de grandes agricultores del de obreros del campo. Si se tiene en cuenta que este último sector absorbe el 43% de la población activa, y se le agrega el 12% que representan las ocupaciones de camarero, peón de albañil y tractorista —en parte intercambiables con la de obrero agrícola—, resulta una sociedad en la que destacan una amplia capa baja y una pequeña pero poderosa élite. Se perfila así, desde el comienzo, una clara dicotomía. Los criterios expresados espontáneamente por las personas entrevistadas refuerzan esta impresión. De ellos se deduce con nitidez que la tierra —en su doble dimensión de propiedad y actividad— determina todavía el arco principal de valores vigente en esta comunidad. Como propiedad, la tierra es la base sobre la que se puede alcanzar lo más alto de la escala social. Como actividad manual, la tierra presiona hacia los niveles inferiores. Si la persona que ejerce esta actividad lo hace con carácter dependiente y carece de tierra, su grado de consideración social es el más bajo posible. La relación tradicional entre empleador y empleado se percibe claramente como la de explotador y explotado. Con la fuerte mecanización de la agricultura, la situación del obrero ha experimentado ciertos cambios: por un lado, ciertas labores no son tan duras como antes, aunque siguen siendo las menos valoradas; por otro, gran parte de los obreros está prácticamente de sobra, encontrándose más en un estado de exclusión que de explotación, según las categorías empleadas por Wright (1995).

Por arriba sólo acompañan al gran agricultor el dueño de fábrica y dos profesiones liberales, donde únicamente el médico tiene un peso relevante; a cierta distancia sigue otro grupo de profesionales. En la categoría de dueño de fábrica sólo se encuentran, como máximo, tres familias, de las que dos son oriundas de otras zonas de España. La más importante se dedica desde hace largo tiempo a la elaboración de aceite, pero, últimamente, ha pasado a actuar cada vez más en el sector agrícola. Estas estructuras confirman la falta de espíritu y tejido empresarial que subrayan una y otra vez los entrevistados de Osuna.

En el resto de la escala social tampoco se encuentra, por ahora, un grupo profesional capaz de mover el desarrollo local. Las clases medias tienen una

entidad relativamente escasa. Fuera del sector agrícola, las únicas profesiones relativamente numerosas son el profesor de EGB, el dueño de tienda y el dueño de bar. Junto a la agricultura, el comercio ha sido tradicionalmente el único sector importante en el devenir económico de la comunidad. Por ser cabeza de partido, Osuna ejerce funciones de centralidad —servicios administrativos, sanitarios y educacionales— y las personas que vienen de fuera aprovechan sus desplazamientos para realizar compras. Como nueva válvula de escape frente al desempleo han surgido recientemente los bares. De especial interés es el nuevo sector constituido por los profesores de EGB (151 en 1990). Es en realidad el único grupo que cubre algo el gran hueco abierto entre las capas altas y los estratos inferiores y puede servir, en cierta medida, de enlace entre ambos conjuntos. Una función similar podrían jugar los profesores de enseñanza media (también relativamente numerosos), pero, como veremos después, éstos forman un grupo más cerrado.

Los criterios aducidos por los entrevistados varían, lógicamente, según las ocupaciones colocadas en los diversos niveles. Aparte de la propiedad o la actividad agraria, los criterios apuntados con más frecuencia son el grado de vida urbana, las relaciones sociales, la renta y la cualificación. La cualificación surge casi siempre en relación con las profesiones liberales, en especial con el médico y el profesor de Instituto. En el resto del espectro ocupacional, más que de cualificación se habla de si un oficio está muy solicitado, como es el caso del maestro de albañil, electricista o mecánico. Cabe atribuirlo al hecho de no ser muchas las profesiones cualificadas, así como a la gran falta de trabajo que pesa en general sobre la comunidad. El ingreso, renta o nivel de vida surge, de una forma u otra, a lo largo de toda la escala ocupacional, así como el grado de vida urbana. Una y otra vez se recalcan las ventajas de un oficio «fino», donde no haya que ensuciarse las manos, se pueda estar en el pueblo y tener la ocasión de relacionarse.

Puente Genil

En la estructura social de Puente Genil, reflejada en el lado derecho del Cuadro 1, son varias las diferencias significativas frente a Osuna. Aparte de que la distancia máxima entre el grupo superior e inferior es menos exagerada, las profesiones que integran la clase inferior no representan mucho más de un tercio del total de activos —pese a haberse incluido el hortelano. Considerado por sí sólo, el obrero agrícola sólo representa un 19%, frente a un porcentaje de más del doble en Osuna. En segundo lugar, tanto las élites como las clases intermedias, donde se da la mayor concentración de personas, ofrecen una composición más heterogénea. El eje de valores sólo está determinado en su extremo inferior por la dimensión agraria, como actividad manual e independiente. En el extremo superior, el gran agricultor compite con desventaja en consideración social con el gran industrial y el gran almacenista. En Puente Genil, cuyo término munici-

pal no llega a un tercio del de Osuna, también penetró históricamente el latifundismo, pero hace tiempo que predomina la mediana y pequeña propiedad (Jurado Carmona, 1984: 147 ss.). Se agregan otros factores que también enlazan con los orígenes sociales de la comunidad, condicionando sustancialmente sus principales pautas valorativas. En las riberas del río Genil, se fue estableciendo una sociedad compuesta sobre todo de hortelanos y personas dedicadas al comercio u otros servicios. La fabricación casera de carne de membrillo y su venta fuera de la localidad compensaba, junto con otros factores, los límites impuestos por la insuficiencia de tierras, generando una tradición artesanal y mercantil. La incorporación de otras actividades, en especial la almazara y la cerámica, hizo que Puente Genil viviera hacia finales del XIX una modesta, pero interesante «revolución industrial» (Aguilar y Cano, 1985).

Este modelo de desarrollo endógeno, recostado en la seguridad de las redes familiares y contactos informales, muestra sus limitaciones en los últimos años; entre otras razones, por la resistencia a saltar la barrera familiar y la incapacidad para crear empresas de mayor envergadura. Lo que sí persiste es ese fenómeno característico de Puente Genil, consistente en la proliferación de personas que se lanzan a iniciar actividades independientes. De ahí ha salido una nueva clase comercial (compuesta por comerciantes al por mayor o «almacenistas»), que, desde hace una o dos décadas, opera con gran dinamismo.

Al menos en la percepción de los entrevistados, el gran industrial ocupa todavía el primer puesto de la consideración social, aunque a escasa distancia de las demás ocupaciones comprendidas en la capa superior. La profesión de industrial despierta un reconocimiento especial, en cuanto a logro, creación de puestos de trabajo e impulso del desarrollo, y sigue considerándose como la que mejor simboliza la identidad estructural de Puente Genil frente a otras localidades de la comarca. El eje ocupacional que, históricamente, sube del hortelano al gran industrial es el verdadero contrapunto al espectro valorativo que, en Osuna, va del gran agricultor al obrero del campo. Con todo, de no superarse la crisis e incertidumbre surgidas en el sector, la profesión de gran industrial puede convertirse en otra especie de mito histórico, análogo a lo sucedido con el hortelano.

Actualmente, la consideración social del gran almacenista llega casi a igualar en Puente Genil a la del gran industrial; en parte, influyen criterios similares. Aunque no es una ocupación clásica de Puente Genil, el reciente ascenso del almacenista lo explica un entrevistado con las siguientes palabras: «...y es que en este pueblo, todo lo que sea salir de la nada está muy bien visto». Es la diferencia frente al gran propietario agrícola, cuya posición social se basa más en la herencia que en el logro personal. Aunque no escaseen las referencias a aspectos negativos de la clase empresarial —como la explotación de las clases débiles—, surge una y otra vez la admiración por la persona que inicia una nueva actividad y crea empleo, aunque para ello se endeude y fracase.

En la valoración social de las restantes ocupaciones, los criterios más frecuentes son la cualificación, el ingreso y los contactos sociales. La cualificación y el ingreso se aducen más veces que en Osuna, confirmando la impresión de que la sociedad de Puente Genil es más abierta y flexible y menos predeterminada por la propiedad y el nacimiento. Llama la atención que, en Puente Genil, la cualificación no sólo se indique para las profesiones liberales, sino también para otros oficios de niveles inferiores, como oficinista, electricista, mecánico y, en parte, también para el obrero industrial.

Grado de interacción social

Al preguntar por el grado de interacción entre las diversas ocupaciones, la ordenación de las tarjetas resultó para algunos entrevistados algo más difícil que cuando se les preguntó por la consideración social de cada ocupación, si bien en conjunto funcionó con notable fluidez. Además, sirvió de base para ir obteniendo una variada e importante información. Como se recordará, en esta segunda fase de la entrevista se volvían a mezclar las tarjetas con las 22 ocupaciones más significativas, entregándolas de nuevo a los entrevistados. Prácticamente debían dejarlas todas en un montón si creían que entre los miembros de estas profesiones no existían en general diferencias en cuanto al trato social; pero si veían que determinadas ocupaciones mantenían entre sí un mayor grado de contactos que con otras, se les rogaba que formasen con las tarjetas los grupos que creyeran adecuados. La evaluación de los resultados aparece en forma de diagrama en los gráficos 1 y 2.

Osuna

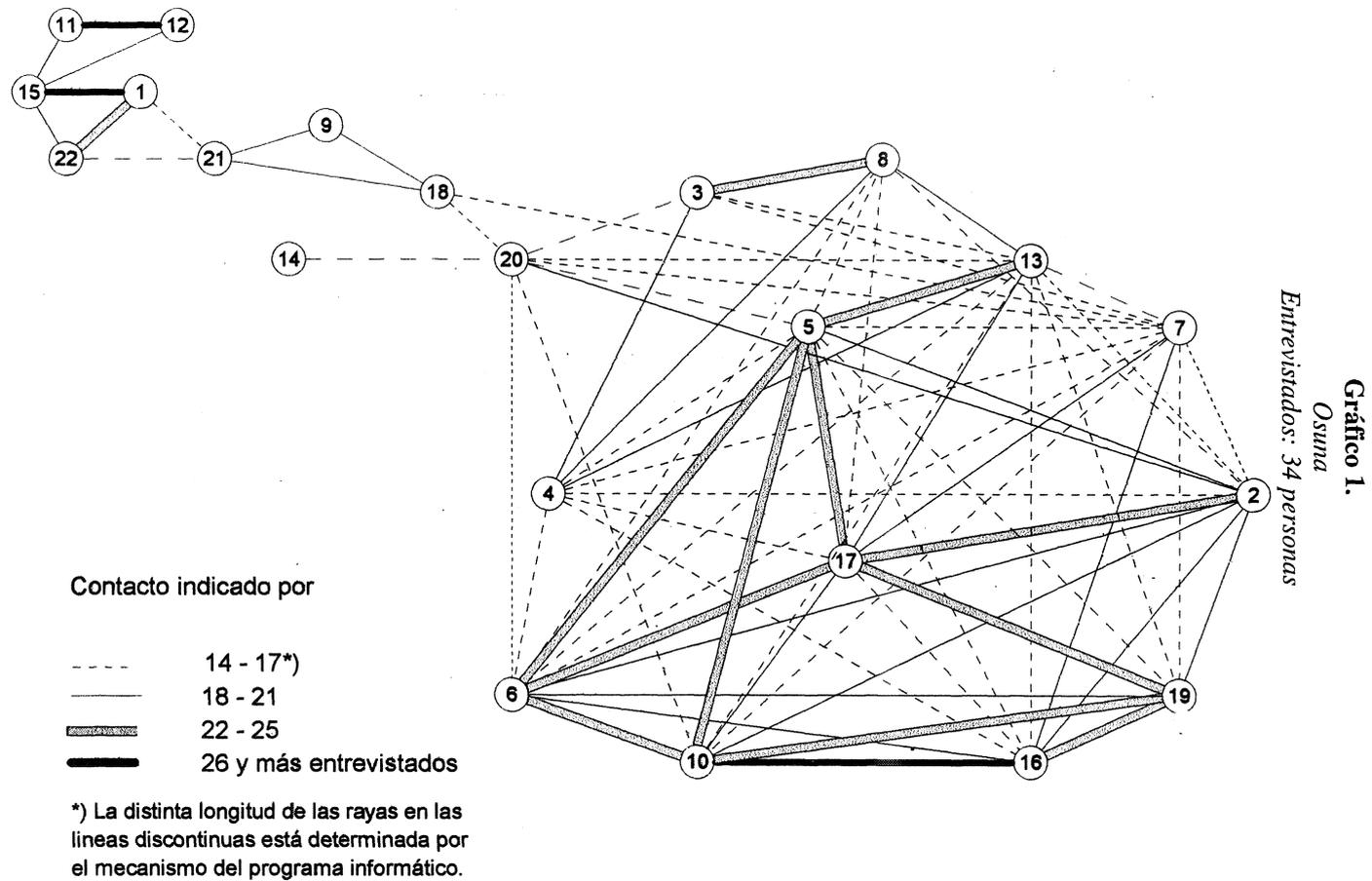
En Osuna, se observa que la intensidad de contactos se estructura en torno a tres áreas principales, cuyo escalonamiento concuerda sustancialmente con el grado de consideración social de las distintas ocupaciones. La primera va del gran agricultor al profesor de Instituto de Bachillerato y el abogado. La segunda comprende sobre todo tres ocupaciones intermedias: profesor de EGB, mediano agricultor y empleado de banco; como máximo, cabe incluir al oficinista, situado unos puestos más abajo en la escala social. La tercera está constituida por las demás ocupaciones. Las tres áreas aparecen con considerable transparencia en el gráfico 1, pese a que sólo contiene los casos en los que, por lo menos, 14 entrevistados dicen que determinadas profesiones tienen entre sí un mayor grado de interacción social. Únicamente hay tres casos —reflejados por tres barras negras— en los que más de 26 entrevistados hablan de unas relaciones más estrechas; se trata de los contactos percibidos, por arriba, dentro de la clase alta empresarial, así como entre el médico y el abogado, y, por abajo, entre el obrero agrícola y el tractorista. Casi todas las barras grises (22 a 26 entrevistados) están

situadas en la mitad inferior del gráfico y, en su gran mayoría, se refieren a profesiones manuales; la única barra gris que surge por arriba es la relativa a los contactos entre el profesor de Instituto y el abogado.

Especialmente significativo es el poco peso que presenta en Osuna el área intermedia en el marco general de las relaciones sociales. Es escaso el número de profesiones que la componen. Tampoco se aprecia entre ellas un especial densidad de contactos. De esta forma, difícilmente puede servir de puente entre el área superior y la inferior. Los únicos que tratan en cierta medida con las profesiones más altas son el profesor de EGB y el mediano agricultor. El primero contacta sobre todo con los profesionales y el segundo lo hace más bien con el grupo empresarial, aunque no llegue a reflejarlo el gráfico 1; esto se explica por el hecho de que un notable sector de medianos agricultores de Osuna proceda, por vía hereditaria, de familias de grandes terratenientes.

Un papel esclarecedor juega aquí la respuesta de los entrevistados al preguntárseles cómo es el grado de contacto entre los distintos grupos que ellos mismos han formado con las tarjetas. Las respuestas son más diferenciadas en lo que respecta al trato social dentro de las dos áreas que van del profesor de EGB al obrero agrícola, si bien tienden a coincidir con la imagen que ofrece el gráfico 1. En un grado mayor o menor, la casi totalidad de los entrevistados indica también que está aumentando la interacción entre las personas ocupadas en el amplio espectro de actividades correspondientes a esas dos áreas. Se subraya que el aumento arranca, ante todo, de abajo y que el factor principal estriba en que, pese a la difícil situación económica, la clase obrera agrícola de Osuna ha cambiado de forma de vida y mejorado su nivel cultural. Además, muchos de ellos ejercen ya, con carácter rotatorio o definitivo, otras profesiones entre las que no sólo se encuentra la de peón de albañil o camarero, sino también la de conductor de camión, obrero industrial, mecánico y algunas otras. Finalmente, son cada vez más los casos en los que sus hijos, después de la enseñanza primaria, siguen en la secundaria e incluso llegan a la Universidad.

Por otro lado, cuando se trata de apreciar los contactos con el área superior, se insiste una y otra vez en que continúa existiendo en Osuna una situación de bloqueo o, si se quiere, de *cierre social*, sin que nadie contradiga esta opinión. La única diferencia se observa entre los entrevistados que señalan que el comportamiento de trato exclusivo es practicado sólo por la clase alta empresarial y los que también lo extienden a las profesiones universitarias. El médico es el que parece más integrado con la clase empresarial, mientras que el caso del abogado se percibe más ambiguo. Los profesores de Instituto, bastante numerosos, forman hoy día un grupo peculiar; se les ve unánimemente como personas que procuran vivir al margen de la sociedad local y no pocos proceden o vienen diariamente de fuera.

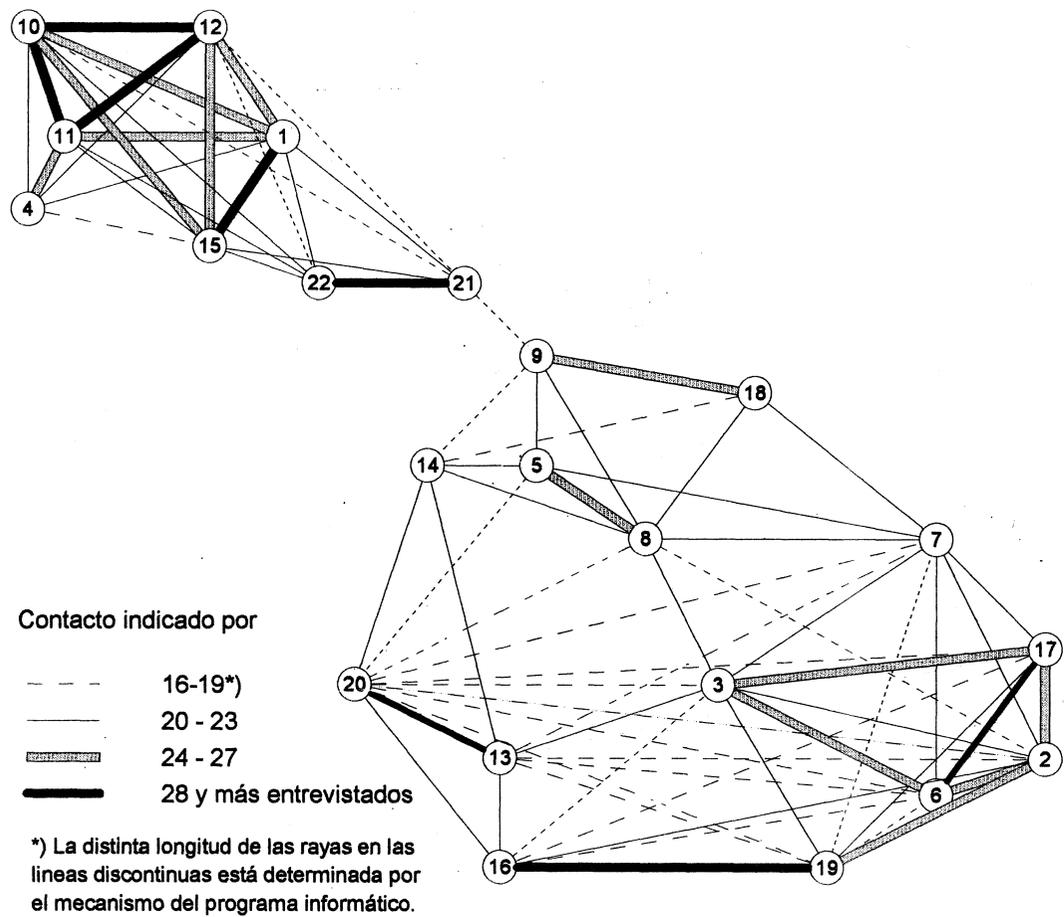


Puente Genil

Al comparar la interacción social en Osuna con la situación de Puente Genil, no pueden negarse ciertas analogías, pero a la vez se advierten diferencias relevantes. Por un lado, el trato social también aparece estructurado en tres áreas, aunque el área intermedia, compuesta por los profesores de Instituto y EGB, da la impresión de estar más integrada con la superior que con la inferior (gráfico 2). Prácticamente, cabe formar dos grandes áreas, cuya composición y tendencia también concuerda sustancialmente con la escala de consideración social. En la superior, profesionalmente mucho más compleja que en Osuna, salta a la vista una mayor intensidad de contactos, como indica el mayor número de barras negras y grises. El trato dentro de la clase empresarial y entre los profesionales está respectivamente resaltado por barras negras (cinco en total); se añaden seis barras grises y varias líneas continuas que denotan una notable interacción entre ambos subgrupos. En el área inferior, también es considerable el trato social entre las distintas ocupaciones. Hay un número ligeramente menor de barras grises que en Osuna, pero esto es más que compensado por la mayor cifra de barras negras y líneas continuas. El profesor de EGB también juega aquí un destacado papel de enlace con las capas superiores. Por otra parte, llama la atención la mayor integración que tiene con la esfera inferior un grupo medio de actividades de cuello blanco; ante todo, el empleado de banco y el oficinista. En cierto modo desempeñan una función estratégica análoga a la que el mediano y pequeño agricultor tienen en Osuna, donde el sector agrario alcanza un mayor peso relativo.

Si se analizan también las respuestas de los entrevistados sobre el grado de interacción entre los diversos grupos formados con las ocupaciones que más se comunican entre sí, afloran en Puente Genil tres corrientes de opinión. No falta quien en general no ve ninguna diferencia de trato social entre las personas que desempeñan cualquier clase de ocupación, si bien es más frecuente la opinión de quienes recalcan que en Puente Genil hay «mucha tontería», una expresión que no recordamos haber oído en otra localidad; con ella se alude a un comportamiento selectivo con el que bastantes personas procuran poner de relieve en sus relaciones sociales su distinta o mejorada posición social. Entre ambos extremos está un grupo predominante de entrevistados que perciben un panorama más complejo; la mayor diferencia la ven al pasar de la esfera constituida por la clase empresarial y las profesiones liberales al resto de las ocupaciones. De todos modos, ni siquiera en este caso se habla de bloqueo social o exclusividad. De hecho, este tipo de situación no es apuntado por ningún entrevistado. Los comprendidos en el segundo grupo de opinión —el más sensibilizado ante las diferencias de clase— hacen aquí una distinción significativa: subrayan que en Puente Genil hay *distancias pero no separación*. Es una diferencia clave frente a la situación de *cierre social* observada en Osuna. Al menos en el plano perceptivo, hay siempre algunos entrevistados que constatan, en Puente Genil, un grado especial de

Gráfico 2.
Puente Genil
Entrevistados: 36 personas



interacción entre determinadas ocupaciones de los rangos más altos y bajos de la escala social. En general, son más densos en Puente Genil que en Osuna los lazos percibidos entre ambos niveles y también es mayor el número de ocupaciones que parecen servir de puente.

CONCLUSIONES

Las conclusiones constatadas a lo largo de la anterior exposición pueden resumirse en tres. La primera es que la idiosincrasia sociocultural de las agrociudades permite utilizar un método elaborado a partir de los propios actores, que refleja la visión del pueblo sobre la desigualdad de sus estructuras sociales, según sus propios criterios. La segunda es que en este enfoque aparecen también componentes del sistema de valores económicos y no económicos de la comunidad, que, junto con el tejido estructural, pueden servir para explicar el comportamiento y las posibilidades de movilización de sus habitantes de cara al desarrollo local; éste fue, en realidad, el objetivo principal de este enfoque metodológico. La tercera conclusión es que el instrumento obtenido por vía subjetiva es una base de partida que incita a ser completada y contrastada con instrumentos objetivos. En parte se hizo ya al incorporar los datos ajustados del censo de población a la escala social elaborada por los entrevistados, así como en el análisis de la estructura espacial y social de determinados grupos. Una vía más afinada y completa sería agregar una encuesta representativa y sistemáticamente preparada. Entre otras cosas, podría comprobarse la situación profesional de las personas en activo, en combinación con su categoría social, así como la pertenencia a determinados grupos. Esto último serviría de base para un estudio operacionizado de las redes de interacción.

Al final de este artículo, no puede eludirse una breve referencia al aspecto de la desigualdad horizontal en las agrociudades. Es cierto que la desigualdad vertical se mantiene en primer plano. Pero, durante las últimas décadas, están surgiendo tendencias que apuntan hacia la formación de ambientes especiales, no reducibles a ejes centrales de valores.

Un hecho innegable es que está quebrándose la tradicional consistencia de los status sociales, en la que un criterio predominante decidía sobre las demás dimensiones. En la mayoría de las agrociudades del Sur de España, es de peculiar interés la separación que se ha producido entre poder económico y poder político, que tradicionalmente solían ser absorbidos por un mismo grupo. Consiguientemente, los resultados obtenidos sobre la estructura de las categorías sociales en Osuna y Puente Genil —todavía condicionadas por los grupos socioeconómicos dominantes— no pueden transferirse sin más a la esfera política, ya que en ambas localidades gobiernan desde la transición los partidos de izquierdas (con un corto paréntesis en el caso de Puente Genil).

Más importante aún para el desarrollo de desigualdades horizontales es el hecho de que, a más tardar desde los años 60, el estilo de vida de las personas en los pueblos haya ido emancipándose cada vez más de los residuos de un sistema cuasifeudal, en el que regían las formas de vida estamentales, sometidas a un fuerte control social. Los individuos gozan de un grado mucho mayor de libertad para configurar su estilo de vida y el de sus hijos; el factor fundamental es ahora la mayor o menor disponibilidad de recursos económicos, aunque en muchos casos no procedan de un empleo formal, sino de trabajos temporales, actividades sumergidas o subvenciones. Un ejemplo llamativo es el cambio generacional que se advierte también en Osuna, donde las clases altas persisten en actitudes de *cierre social*, mientras que sus hijos estudian en los mismos centros que bastantes hijos de las clases inferiores, alternando frecuentemente con ellos.

Una vez más, hay que insistir en que el método expuesto no intenta apurar el complejo mundo de la desigualdad social en las agrociudades. Sólo pretende abrir una vía útil y adecuada para que el investigador empiece a caminar por él.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR Y CANO, A. (1985), *El Libro de Puente Genil*, Córdoba.

BARRERA GONZÁLEZ, A. (1989), «Perspectivas antropológicas en el estudio de la agrociudad: el caso de Puente Genil», en: López-Casero, F. (comp.): *La agrociudad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*, Madrid, Serie Estudios del MAPA.

BELTRÁN, M. (1992), «Estratificación y clases sociales», *Boletín Informativo del Programa de Estudios sobre Igualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza*, núm 4., pp. 6/7.

BLUMER, H. (1969), *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*. Englewood Cliffs/New Jersey.

BLOK, A. y H. DRIESSEN (1989), «Las agrociudades mediterráneas como forma de dominio cultural: los casos de Sicilia y Andalucía», en López-Casero, F. (comp.): *La agrociudad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*, Madrid, op. cit.

BOLTE, K.M. (1968), «Einige Anmerkungen zur Problematik der Analyse von «Schichtungen» in sozialen Systemen», en Seidel, Bruno y Lenker, S. (ed.): *Klassenbildung und Sozialforschung*, Darmstadt.

BOLTE, K.M. y St. HRADIL (1988), *Soziale Ungleichheit in der Bundesrepublik Deutschland*, Opladen.

BOURDIEU, P. (1987), *Sozialer Sinn. Kritik der theoretischen Vernunft*, Frankfurt/Main.

BOTTOMORE, Th.B. (1976), «Soziale Schichtung», en König, René (ed.): *Handbuch der empirischen Sozialforschung*, Vol. 5, 1-39.

- CARABAÑA, J. (1995), «Esquemas y estructuras», en Carabaña, J. (ed.): *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*. pp. 109-130, Madrid.
- DAVIS, K.M. y E. WILBERT (1945), «Some Principles of Stratification», *American Sociological Review*, vol. 10.
- DE MIGUEL, A. (1974), *Manual de estructura social de España*, Madrid.
- DURKHEIM, É. (1960), *De la Division du Travail Social*, París.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1995), «El concepto de clase como artificio reduccionista», en Carabaña, J. (ed.): *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*. pp. 95-108, Madrid.
- GILMORE, D.D. (1980), *The People of the Plain. Class and Community in Lower Andalusia*, Nueva York.
- GONZÁLEZ, J.J. (1992), «El debate postmarxista sobre las clases», en *Política y Sociedad*, núm. 11, pp. 27-48.
- (1992), La construcción empírica de las clases, en *Política y Sociedad*, núm. 11, pp. 99-121.
- HELLER, C. S. (ed.), *Structured Social Inequality. A Reader in Comparative Social Stratification*, pp. 192-204, New York.
- HRADIL, S. (1983), «Die Ungleichheit der «Sozialen Lage». Eine Alternative zu schichtungssoziologischen Modellen sozialer Ungleichheit», en *Soziale Welt. Sonderband 2. Soziale Ungleichheiten*, pp. 101-118.
- (1987), *Sozialstrukturanalyse in einer fortgeschrittenen Gesellschaft. Von Klassen und Schichten zu Lagen und Milieus*, Opladen.
- JIMÉNEZ RODRÍGUEZ, J.S. (1985), *Puente Genil. Siglo XIX. 1800-1934*, Puente-Genil.
- JURADO CARMONA, M^a. I. (1984), *Propiedad y Explotación Agrarias en Puente Genil*, Córdoba.
- KAHL, J.A. (1957), *The American Class Structure*, New York.
- KLEINING, G. y H. MOORE (1968), Soziale Selbsteinstufung (SEE). Ein Instrument zur Messung sozialer Schichten, en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 20, pp. 502-552.
- KOCKA, J. (1973), *Klassengesellschaft im Krieg. Deutsche Sozialgeschichte 1914-18*, Göttingen.
- KRECKEL, R. (1983), «Theorien soziale Ungleichheit im Übergang», en *Soziale Welt. Sonderband 2. Soziale Ungleichheiten*.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1994), «La agrociedad andaluza: caracterización, estructura y problemática», en *Estudios Regionales*, núm 39, pp. 59-91.

- LÓPEZ-CASERO, F. (1972), «La Plaza», en *ETHNICA, Revista de Antropología*, núm.4.
- (1984), «Umschichtungsprozess und sozialer Wandel in einer zentralspanischen Agrostadt, en Waldmann, P./Bernecker, W.L./López-Casero, F.(comp.): *Sozialer Wandel und Herrschaft im Spanien Francos*, pp. 15-48, Paderborn.
- (1989), *La agrociedad mediterránea. Estructuras sociales y procesos de desarrollo*, Madrid, Serie de Estudios del MAPA.
- (1994), La redefinición del pueblo. Entorno sociológico del desarrollo local en la España meridional, en López-Casero, Francisco/Bernecker, Walther L./Waldmann, Peter: *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*, pp. 327-2356, Madrid.
- LÓPEZ-CASERO, F. y P. WALDMANN (1994), «Introducción: Reflexiones comparativas sobre el proceso de modernización en España», en López-Casero, Francisco/Bernecker, Walther L./Waldmann, Peter: *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*, Madrid, pp. 13-29.
- MARX, K. y F. ENGELS (1965), *Das Kommunistische Manifest*, en Marx, Karl/Engels, Friedrich, Werke, vol. 4. Berlín, pp. 459-494.
- MÜHLMANN, W. E. y R.J. LLARYORA (1973), *Strummula Siciliana. Ehre, Rang und soziale Schichtung in einer sizilianischen Agrostadt*. Meisenheim am Galn.
- PARKIN, F. (1979), *Marxism and Class Theory*, London.
- (1982), *Max Weber*, Chichester.
- PARSONS, T. (1961), «Some Considerations on the Theory of Social Change», en *Rural Sociology*, 16, pp. 219-239.
- OSSOWSKI, St. (1972), *Die Klassenstruktur im sozialen Bewusstsein*, Neuwied-Berlin.
- PAPPI, F. U. (1973), «Sozialstruktur und soziale Schichtung in einer Kleinstadt mit heterogener Bevölkerung», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 25, pp.23-74.
- SVALASTOGA, K. (1964), *Social Differentiation*, en Faris, R. (ed.): *Handbook of Modern Sociology*, Chicago.
- THOMAS, W. (1965), *Person und Sozialverhalten*, Neuwied-Berlin.
- TÖNNIES, F. (1935), *Gemeinschaft und Gesellschaft*, Leipzig.
- WARNER, W. L. et al. (1960), *Social Class in America*, Nueva York.
- WEBER, M. (1956), *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tübingen.
- WRIGHT, E.O. (1995), *Análisis de clase*, en Carabaña, J. (ed.): *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*. pp. 21-53, Madrid.